



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11007

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extras
1.º.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 15 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassmartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, I. PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería

CON SALVADOR NAVABRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos
siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Conesa.	D. Enrique Rolandi
» José Chacón.	» Francisco Barceló.	
» José Gimeno.	» Juan Izquierdo.	
» José Córdoba López.		

Infantería de Marina
D. Carlos Coll.

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre.
Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

UN BACHE

En el camino que recorre el go-
bierno para llegar á la pacifica-
ción se ha presentado un bache
en el cual se ha atascado el ca-
rro de las negociaciones. El ejér-
cito de Cuba, los voluntarios, el
elemento peninsular y el insular
quieren continuar la guerra; y
aunque todos los interesados por la
paz empujan lo que pueden, el ca-
rro no sale del atascamiento en
que ha caído.

El ejército no considera satisfe-
cho el honor de las armas, por-
que, excepción hecha de los com-
bates librados con los america-
nos en Santiago de Cuba por par-
te de la división del general Li-
nares, permanece intacto, sin com-
batir; y en tales condiciones no
puede declararse vencido.

Los voluntarios y el elemento
peninsular é insular no quieren
caer bajo el poder de los yanquis
y para ayudar á la campaña ofrecen
sesenta millones de duros y su san-
gre además.

La oferta es generosa; la adhe-
sión á la madre patria que ese sa-
crificio significa es grande; pero
á cuantas reflexiones se presta he-
cho así á última hora, cuando á

España no le quedan alientos, ni
barcos, ni dineros, ni sangre...

Hace tres años hubiera acabado
con la insurrección separatista esa
actitud de decisión suprema que
adoptan ahora los voluntarios in-
sulares. Ofrecida á Martínez Cam-
pos ó á Weyler, y hecha efectiva,
la paz se hubiese extendido sobre
Cuba, á despecho de los Maceos y
los Gómez. Pero creció el incen-
dio; esperaron que á su calor se
engendrara la autonomía; algunos
alizaron el fuego para hacerla na-
cer más pronto y, efectivamente,
las reformas deseadas vinieron
sobre Cuba... seguidas del estallido
de la guerra.

Habia adquirido el incendio pro-
porciones tan colosales; trabaja-
ron tanto los laborantes durante
el tiempo que estuvieron esperan-
do el maná los que ahora recla-
man nuestro esfuerzo; habían
comprometido tantos intereses yan-
kis en el malhadado negocio de la
insurrección cubana, que cuando
quisieron apagarlo ya era tarde:
la isla ardía por los cuatro cost-
ados, pereciendo entre las llamas
colosales del más grande de los
incendios nuestra influencia de
cuatro siglos, la soberanía de la
nación y amenazando hacer pa-
vesas las leyes autonómicas que

dió España á Cuba en prenda de
paz.

Aunados en un mismo pensa-
miento; expuestos á idénticos pe-
ligros, luchan ahora y mueren jun-
tos en aquella querida tierra cu-
banos y españoles. Mezclada co-
rre su sangre por el suelo y al caer
combatiendo al común enemigo
juntos se lleva el aire sus ayes
de dolor y sus suspiros de agonía.

La comunidad de ideas y de pe-
ligro, las nuevas leyes, la vida de
campaña y otras circunstancias
que concurren en el fenómeno,
han hecho de la Cuba hostil que
todos conocíamos, la Cuba carife-
sa que lucha á nuestro lado lamen-
tándose del abandono en que he-
mos de dejarla.

Tarde viene á convencerse la
gran Antilla de que el yugo mejor
es el de España.

Tarde, muy tarde.

Y no tiene razón para acusarnos
de abandono.

Por no romper los lazos que con
ella nos unen hemos luchado sin-
ce años contra la rebeldía y tres
meses contra el extranjero. Por no
dejarla hemos enterrado allí va-
rias generaciones y la fortuna na-
cional.

Sensible es el abandono de la
colonia; pero habra de verificarse
si Dios no hace un milagro ó
no surge de la guerra algo impre-
visto.

GLORIAS NACIONALES

Glorioso combate de Celidonia.

15 de Julio de 1616.

Cumpliendo órdenes del virey de Na-
poles, duque de Osuna, el capitán de
navío D. Francisco Ribera recorría el
Mediterráneo con una escuadrilla com-
puesta de seis naves de distintas clases
y cañados, artilladas con un total de
191 cañones, las cuales conducían ade-
más de la marinería necesaria 1000
mosqueteros españoles.

Hallándose á la vista del cabo de Ce-
lidonia, supo que una armada turca,
fuerte de 55 galeras, con más de 12000
combatientes, se encontraba cerca de
allí.

En vez de huir, hecho que no hubiera
sido desdichoso dada la enorme desi-
gualdad de fuerzas, el valiente Rivera
se acercó á la costa y se dispuso á com-
batir.

Cuando el enemigo descubrió tan dé-
bil escuadra mostróle desprecio, concre-
tándose el almirante turco, muy engrei-
do con la superioridad numérica de los
elementos que tenía, á enviar contra los
españoles, que se preparaban para acom-
eterle, una parte de sus barcos.

Empeñado el combate y vista la des-
ventaja que al poco tiempo peleaban
los suyos, el turco volvió de su error
y vió en la mezquina escuadra un ene-
migo potente y peligroso, por lo que
acudió con el resto de su escuadra al
teatro de la lucha.

Sorprende y parece increíble que tan
débiles fuerzas, cual eran las españo-
las, se atrevieran á trabar pelea, con
otras nueve veces mayores, y más aun
que esto, que las tuvieron á raya largo
tiempo, y que á la postre las obligaron
á retirarse con pérdidas enormes.

El encuentro tuvo lugar el 14 de Ju-
lio de 1616, y como en la batalla libra-
da en este día apenas sufrieron daño
ninguno los barcos españoles, al siguien-
te se reanudó la lucha, sucediendo lo
mismo en el que á este siguió, día en
que los turcos se retiraron, con 1.200
genizaros y 2.000 marineros muertos ó
mal heridos, en demanda de puerto
donde sus barcos pudieran reparar los
graves destrozos que hubieran sufrido.

Los españoles debieron la victoria á
que pudieron rehuir el abordaje, infini-
dad de veces intentado por los turcos, y
también al arrojo y buena puntería de
los artilleros y mosqueteros, quienes á
pesar de la lluvia de plomo que constan-
tamente caía sobre sus barcos, ni un
solo momento se apartaron de sus pue-
tos.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

EL TOXPHIRO DAZA

El «Heraldo» que ha dedicado estos

últimos días gran atención al invento
del Sr. Daza, dice en su número de
ayer:

«Reproduciendo informes que des-
pués no han sido confirmados, ayer di-
jimos que hoy, miércoles, se harían las
pruebas del cohete inventado por don
Manuel Daza, en el polígono de Cara-
banchel.

Tales ensayos no se realizarán por
ahora.

En el deber de consignar toda la ver-
dad de lo ocurrido en la reunión cele-
brada antayer en el ministerio de Ma-
rina para estudiar el invento, hemos
procurado hablar con personas que pue-
den perfectamente saber lo que pasó.

A dicha reunión asistieron los seño-
res Toralló, Chacón y García, que for-
man la comisión encargada de estudiar
la memoria é informes del señor Daza,
este señor y un caballero que le acom-
paña.

El invento del Sr. Daza consiste en
un cohete que, según dicho señor, pue-
de alcanzar una distancia de 15 á 18
kilómetros, con dirección conocida.

Se ha hablado de un explosivo de ter-
ribles efectos.

Tal explosivo no existe ni el Sr. Da-
za ha pretendido nunca convencer de
que entra dentro de sus inventos.

En el cohete, y bastante distanciado
del lugar que encierra la materia pro-
pulsora, está el depósito de materia ex-
plosiva, que puede ser la que se desee
encerrar en él.

En la reunión, según nuestros infor-
mes, se habló de lo único que podía ha-
blarse, de las razones técnicas que po-
dían justificar el resultado del invento,
dentro, pues, de la más estricta teoría.
¿Hubo conformidad? Sí y no.

Los individuos que formaban la co-
misión según nuestros informes y el se-
ñor Daza, convinieron en que, técnica-
mente, dentro de la teoría, no existía
explicación científica del invento.

El alcance del cohete se presumía so-
lo á virtud de datos de no gran solidez,
en relación con las pruebas realizadas
en un campo de acción sumamente limi-
tado, si se le relacionaba con el total
del necesario para comprobar la ver-
dad de lo descubierta ó inventado. Más
claro se han hecho pruebas de cien á
doscientos metros, y por los resultados
se ha supuesto el efecto dentro de un
campo de acción de 18.000 metros.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1050

CARLOS II EL HECHIZADO

1051

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1054

—Martín... Martín... contestó Ana, creo que voy
á morir.

—Consolaos, replicó el médico; el dolor lo mismo
que la alegría, tiene su término y no pueden pasar
de él... Ya habeis llegado al punto más culmi-
nante, y dentro de poco descansaréis de esta pena-
lidad.

Separándose en seguida del lado de Ana, se acer-
có á Martín:

—Caballero, le dijo en tono bajo, supongo que no
querreis presenciar el acto del alumbramiento. Si es
así, estad descuidado y retiraos.

—Pues qué tan pronto va á ser? exclamó Mar-
tín.

—Sí, dentro de un cuarto de hora todo lo más.

El joven se estremeció.

—¡Dios mío! mirad por ella.

—Confiad, contestó Ottoboni con el dulce acento
de su idioma nativo; nada debeis temer. Todo se re-
ducirá á algunos dolores y después á unos días de
calentura.

El joven se acercó á su hermana y la estrechó
convulsivamente contra su corazón. Esta se abrazó
á su cuello é inundó su rostro con multitud de lágr-
mas. De pronto un grito agudo y prolongado que-
brantó, por decirlo así, el pecho de la joven.

—Vamos.. vamos, caballero, dijo el médico;
vuestra esposa está en el lance crítico... Salid.

Martín se desprendió de los brazos de su herma-
na y miró al doctor con asombro... La palabra espo-
sa le había hecho ver que debía sostener esta creen-
cia, para escudar contra toda sospecha el limpio
honor de Ana.

—Teneis razón, murmuró maquinalmente... Mi
esposa está en el lance crítico.

En seguida mirando á su hermana para infundir-
le un valor grande, salió de la habitación, encerrán-
dose en la más inmediata.

Martín no se había acordado de llevar luz y prin-
cipió á vagar á oscuras en la estancia. Sentía los
quejidos y ramos que salían del cuarto de Ana, y
á cada uno de ellos palpitaba su corazón con desco-
nocida violencia. A pesar del escaso frío, su fren-
te estaba cubierta de copioso sudor; su respiración
oprimida formaba un sonido extraño en la cavi-
dad de su pecho, y un temblor nervioso agitaba to-
do su cuerpo.

En aquella ocasión solemne, Dios permitía que
fuese tal vez el único depositario de un secreto de
inmensa importancia para el porvenir. La criatura
que se agitaba en el seno de su hermana, y que en
aquel momento luchaba para salir al mundo, era el

tin, al mismo tiempo que la acostaban en un lecho
preparado de antemano.

—Un niño caballero, exclamó Ottoboni presentán-
dole una criaturita recién nacida y que agitaba tré-
mulamente sus manos.

Martín, antes de mirar al niño, se dirigió á la
madre y la besó con extraordinario cariño; en se-
guida, tomando una bagia, se acercó gravemente
al médico, que envolvía cuidadosamente al infante
en blancos y finos pañales preparados anticipada-
mente por Ana, y entregando la luz á la dueña de
la casa, se cruzó de brazos y se puso á contemplar á
su sobrino con detenimiento.

En aquel momento su pensamiento y su voluntad
se fijaron en el rostro amoratado del ser que apa-
recía en el mundo, como una prenda extraña que el
cielo enviaba, y por largo tiempo, buscó esos rasgos
vigorosos y atrevidos, propios de las águilas que
caracterizaron á los genios más sobresalientes de la
dinastía austriaca.

En efecto, notábase en la livida fisonomía del re-
cien nacido, el arco magestuoso de las cejas de Fe-
lipe II, y la redonda barba de Carlos V; su pelo ru-
bio y ensortijado naturalmente, dejaba ver una
frente pura y arqueada como la de su madre; mien-
tras su pequeña nariz y lo oval de todo su rostro,